



Legaba el tiempo del final de la Cuaresma para entrar en la Semana de Pasión, con la hermosa alegría de las esperadas vacaciones escolares de los que cursábamos la primera enseñanza de entonces. Comenzaban el viernes de Dolores y terminaban el lunes de Resurrección; el jueves era el último día de clase, y como todos los días, salíamos a las cinco, en pandilla, para irnos hacia nuestras casas, despidiéndonos en cada lugar donde alguno de nosotros tenía que desviarse. El calendario festivo era uniforme en todo el territorio español, incluidas las enseñanzas medias y universitarias. Y en la mente de cada uno de nosotros, nos las prometíamos felices en aquella década de absoluto asueto, correteando por las eras, jugando a las bolas o a la lima, y en algunas ocasiones, si había suficiente personal, algún partidillo de fútbol; o, si el tiempo lo permitía, acercarnos al Canal de María Cristina a tratar de capturar alguna que otra rana con el tirachinas.

En esos días, no existían entonces los tráfaeos hacia las playas. Se vivían estas festividades de un modo familiar muy íntimo, convergente, lleno de esa conexión total que implicaba prácticamente la vivencia al completo de toda la familia. De manera especial, los días de jueves y viernes Santo, eran una completa comunión de padres e hijos que recorrían los templos para realizar las visitas a los monumentos y posteriormente asistir a presenciar los desfiles procesionales del miércoles y viernes (¡no había más!). Tanto el jueves como el viernes Santo, eran días de luto nacional. Solo el jueves retransmitían las emisoras de radio el diario hablado de Radio Nacional de España; el viernes era completamente un día de silencio total, incluida la recomendación de que no circularan automóviles. ¡Eran aquellos tiempos!. Luego, el sábado de Gloria, a las diez de la mañana, se celebraba la Resurrección de Cristo, con la hermosa algarabía del repique de las campanas, que daban ese tono de festiva alegría como contrarreplica a la oscuridad patente de los dos días anteriores.

Durante los dos fechas fundamentales de la Semana Santa, -jueves y viernes-, había que observar el ayuno y la abstinencia. Por tradiciones transmitidas de padres a hijos, era costumbre muy señalada comer unos guisos o platos tradicionales. Era inconcebible que un día de éstos, no se degustase el potaje de garbanzos con espinacas y rellenos de bacalao, con algún pescado frito o

Aquellas torrijas

en salsa de segundo plato, y la fruta del tiempo como postre. Pero lo más apetecible de todo, eran aquellas frutas de sartén que previamente se habían preparado como plato final de la comida. Sí, me refiero a las torrijas, a los rellenos dulces, pestiños y algún que otro pastel menos conocido. Sobre todo, lo más popular y característico, eran las torrijas; dulce de meticulosa y cuidada confección, para que resultasen con ese sabor delicado y lleno de perfume especial, que impregnan los tintes naturales del aroma de la miel de abeja.

Recuerdo a mi madre preparándolas. Había que obtenerlas de unas barras de pan especial, cortándolas de manera adecuada y uniforme. Luego se sentaban sobre una fuente alargada, honda, donde se les vertía la leche

que era absorbida por todas ellas, hasta quedar completamente empapadas. Posteriormente, se rebozaban en huevo batido y se sumergían en una sartén con aceite calentado a temperatura especial, donde se les freía entre una abundante espuma; siempre dentro de esa blanda rigidez que requerían, y sin que pudiesen empaparse de aceite. Una vez fritas se colocaban ordenadas en las fuentes, dándoles las formas caprichosas más en consonancia con la cantidad que albergaban. Finalmente, con miel licuada, preparada de manera

muy particularmente cuidadosa (era el toque final de la repostera), se regaban por encima lentamente, logrando que se empapasen adecuadamente de ella todas las piezas depositadas. ¡Estaban deliciosas!. Guardo de las de aquel tiempo un recuerdo singular y perenne; como de toda esa peculiaridad de las festividades, que ya no tienen casi nada en común con las actuales. Hoy corre el mundo mucho más deprisa.

Cada tiempo tiene su forma, que graba su señal imborrable en el libro de nuestras vidas y en el carro del recuerdo. Y los días, van marcando las pautas que definen las coincidencias de cada uno de los momentos de ayer con los de hoy. Cerramos los ojos, nos sumimos suavemente en esa penumbra del pensamiento, y vamos extrayendo retazos de aquellos instantes vividos que son sustento de las horas presentes. Porque en la cucaña del recuerdo, nos volvemos a ver tratando de subir con arte y alegría, trepando con afán, el palo ensebado que nos llevará hasta el premio depositado en su cúspide. Y si lo logramos, nos queda esa satisfacción interna, ese íntimo premio, que radica en saber que un día de ayer fuimos rotundamente felices y llenos de entusiasmo y vida.

Guardo de las de aquel tiempo un recuerdo singular y perenne, como de toda esa peculiaridad de las festividades que ya no tienen casi nada en común con las de la actualidad



Martín
Giménez
Vecina